

OBRADOR: ¿Transformación o Transfiguración?

Francisco J. Torres | Puebla

La victoria de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) en las pasadas elecciones presidenciales del 1 de julio de 2018 en México es un acontecimiento que, si bien tiene distintas vías de interpretación, indudablemente representa una coyuntura en el escenario político-electoral mexicano. Las lecturas que se le han dado a dicho acontecimiento naturalmente son múltiples, y van desde la congratulación plena hasta el franco rechazo al proyecto encabezado por AMLO (y al personaje por sí mismo) y su partido político, el Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA).

Para comprender la diversidad de posturas ante lo que ha sido llamado también el “efecto AMLO”, es necesario remontarse al año 2006. En ese momento, diversos sondeos previos al ejercicio electoral posicionan como ganador de la contienda presidencial al candidato López Obrador, representante del entonces principal partido de izquierda -el Partido de la Revolución Democrática (PRD) - y quienes en las elecciones del 2018 decidieron formar una coalición con el ultraderechista Partido Acción Nacional (PAN). Precisamente por este último partido político compitió en aquella ocasión Felipe Calderón Hinojosa, el principal adversario de AMLO y quien finalmente, tras una polémica jornada electoral, le arrebató el aparentemente inminente triunfo al líder de la izquierda mexicana. Diversas fuentes documentaron pruebas de lo que ha sido calificado como un evidente fraude electoral, fenómeno que además exacerbó el proceso de polarización política entre la población.

Casi 5 meses después del triunfo de Calderón Hinojosa, AMLO es proclamado por sus simpatizantes como “presidente legítimo de México”, desconociendo así los resultados de las elecciones presidenciales y encumbrando a López Obrador como la principal figura opositora del gobierno de la República. Con el paso del tiempo, el “gobierno legítimo” se diluyó aunque no fue así la figura de Andrés Manuel.

La declaración de guerra que Calderón realizó en contra de los cárteles del narcotráfico en México y las atrocidades que esto desencadenó (violaciones a derechos humanos, ejecuciones extrajudiciales, niveles alarmantes de violencia, poblaciones enteras desplazadas por la guerra, y un largo etcétera), se convirtieron en situaciones que AMLO supo canalizar en beneficio de su propuesta, fortaleciendo su figura con críticas y pronósticos acertados respecto al futuro del país. Un desastroso sexenio de Felipe Calderón, repleto de muertes y escándalos por nepotismo, fue tierra fértil para la izquierda político-electoral mexicana, es decir, AMLO.

En el año 2012, Andrés Manuel López Obrador decide participar nuevamente en la contienda electoral por la presidencia de la República. En esa ocasión, su principal contendiente fue Enrique Peña Nieto (EPN), quien fue postulado por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), el partido político más viejo en el escenario electoral mexicano y que gobernó durante 70 años consecutivos hasta el año 2000, los cuales fueron más que suficientes para elaborar una estructura de cacicazgos y sindicatos controlados por el mismo partido, con el fin de garantizar un número significativo de votos seguros y con ello, triunfos casi sin esfuerzo. Fue esta estructura la que relegó de la competencia por la silla presidencial a AMLO, ya que el PRI además de poner en marcha toda su estructura electoral, también emprendió una campaña masiva de compra de votos. El resultado de la elección fue el triunfo del que sería el presidente con menos aprobación por parte de la sociedad en la historia de México.

Enrique Peña Nieto ejecutó, a lo largo de su sexenio, una serie de reformas que consolidaron el neoliberalismo en el país. Con repercusiones en sectores estratégicos como el petróleo, la educación, el ámbito laboral y la “seguridad nacional”, las llamadas “reformas estructurales” significaron un total de 58 modificaciones a la Constitución Mexicana y abrieron el camino de



la privatización a rubros antes exclusivos del Estado. Como consecuencia de dichas modificaciones, la molestia social se concentró en el incremento del precio de la gasolina, suceso que provocó movilizaciones importantes. Sin embargo, la desaparición de 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural "Isidro Burgos" de Ayotzinapa, en el estado de Guerrero, sin duda alguna marcó un punto de inflexión en el hartazgo social. La precaria forma de conducir el caso y la impunidad presente hasta la fecha hundieron al gobierno de EPN en una crisis que se convirtió ya no en una fase, sino en un estado permanente de la administración de este último. AMLO mientras tanto recorría todo el país, recogiendo las demandas de cada región y difundiendo discursos que hacían eco de la evidente molestia social. Fundó además en 2011 un nuevo partido político al que bautizó como Movimiento de Regeneración Nacional y que por supuesto, lideró desde el primer momento. Supo, sin duda, capitalizar el hastío de una sociedad que veía cómo el Estado y sus supuestas garantías hacia la ciudadanía se caían a pedazos.

El 2018 llegó, y con él la tercera participación consecutiva de Andrés Manuel López Obrador en lo que muchos medios de comunicación se complacen en llamar "la carrera por la silla presidencial". Para enero del 2018 ningún candidato conocía tanto y había recorrido tantas veces la República Mexicana como López Obrador y por lo tanto, ningún candidato podía ser más popu-

lar que él, ya que sumaba en su camino 12 años de campaña presidencial ininterrumpida. Sus propuestas reunieron y dieron respuesta a las principales demandas de una sociedad ávida de justicia y que sigue basando sus esperanzas de mejoramiento de las condiciones de vida en ese Estado que tanta muerte, represión e injusticia ha repartido.

Los votos por Andrés Manuel fueron depositados por ancianos que han acompañado su proyecto desde 2006 (o incluso antes) y que vieron en él la consolidación de una larga búsqueda de la izquierda institucional por conquistar el máximo puesto político de México y, por lo tanto, la consolidación de una causa social de largo trayecto. Votaron también por él los adultos que vieron por primera vez salir al PRI de la presidencia y que fueron decepcionados por una fallida transición encabezada por el PAN. Para ellos, el triunfo de Andrés Manuel significa la posibilidad real de ver cristalizada la ansiada verdadera transición democrática, una forma realmente distinta de ser gobernados, una que sí cumpla sus promesas. Votaron también por él los jóvenes mexicanos que asumieron como compromiso generacional sacar nuevamente al PRI del poder, que crecieron con las historias de represión violenta por parte de este partido y del PAN, y que les tocó presenciar la desaparición de sus 43 compañeros contemporáneos. Para ellos, López Obrador resulta atractivo por ser una alternativa de izquierda, y esperan de su sexenio la legalización de la marihuana, del



aborto, del matrimonio entre personas del mismo sexo, entre otras cosas.

Es prácticamente imposible sintetizar las causas que movilizaron el voto masivo por AMLO, y el bosquejo aquí planteado no puede ser sino reduccionista y atrevido. Sin embargo, puede brindar una idea general de las perspectivas que beneficiaron a Andrés Manuel y lo condujeron hacia el triunfo con una votación histórica en México. Sin duda, diversas motivaciones quedaron excluidas de la redacción pero es un hecho que la mayor parte de ellas tuvieron en común el hartazgo y la esperanza, convirtiendo a ambos factores en pilares de lo que Andrés Manuel López Obrador ha optado por nombrar como la Cuarta Transformación Histórica de México (antecedida por la Independencia de México, la Guerra de Reforma y la Revolución Mexicana).

Hasta aquí se ha procurado brindar un panorama general de aquello que ha provocado el triunfo de Andrés Manuel. Sin embargo, cabe preguntarse qué pasa con la disidencia, la oposición y el rechazo que desde ahora ha levantado la voz en contra del próximo presidente de México, ¿cuáles son sus argumentos?, ¿cuáles sus propuestas?

Lógicamente, la oposición encuentra en la derecha y ultraderecha político-electoral su rostro mediático. Es el turno del PRI y del PAN (así como de todos aquellos partidos que sirven simplemente como sucursales de los princi-

pios e iniciativas de estos últimos) de asumir la minoría en los espacios de decisiones constitucionales por primera vez en la historia. Sin embargo, hay sectores populares que también encuentran en la figura de López Obrador y de MORENA un peligro para la organización social. Esta perspectiva sostiene que el triunfo de Obrador provocará una delegación de la responsabilidad de los asuntos sociales hacia la figura presidencial y su mayoría absoluta en la cámara de diputados y de senadores y, por lo tanto, ocurrirá una especie de absorción de la organización popular.

Por otro lado, el anarquismo mexicano ha lanzado también mensajes claros de oposición a AMLO, y las manifestaciones para marcar distancia acompañaron al entonces candidato desde su campaña presidencial. Aunque naturalmente existen distintas perspectivas como anarquismos en torno a Andrés Manuel, el principio fundamental es básico: Andrés Manuel López Obrador es un instrumento del Estado. Para algunos anarquistas, López Obrador es un intento de lavado de rostro de un sistema fallido, un simple cambio administrativo en el negocio político-económico mexicano. En todo caso, es la manifestación del Estado intentando tomar las riendas del neoliberalismo, o sea, una simple inversión de roles pero sin cambios de raíz. En resumen, el mismo sistema pero ahora con etiquetas de capitalismo verde, capitalismo con rostro humano y progresismo.

La crítica anarquista se centra además en el origen propio del proceso obradorista. Hijo de las instituciones del Estado, Andrés Manuel ha defendido siempre las vías legales como mecanismo culmen (y aparentemente único) de la vida social de un país, otorgando así el monopolio del bienestar social al sistema político-electoral. Así mismo, las consignas en contra del voto como mecanismo de validación al autoritarismo y a la delegación de la capacidad individual y colectiva de cambio se ve exacerbado con el aura de mesianismo que cubre a López Obrador y sus seguidores, quienes parecen estar dispuestos a validarle *cualquier* decisión. La centralización de la vida político-electoral en la figura de AMLO se ha convertido en una etiqueta equivalente a "*satisfacción garantizada*" en cualquier producto, y por lo tanto, acompañar la fotografía de cualquier candidato a un puesto político con la presencia de López Obrador alzando el pulgar o cualquier equivalente, puede expiar hasta al político más perverso e incorporarlo a la Cuarta Transformación. Mientras, el anarquismo sigue sosteniendo que la mejora de las condiciones de vida difícilmente vendrá de un sistema repleto de intereses y que el caudillismo como mecanismo democrático es el opuesto natural de la autogestión, la autonomía y la articulación colectiva.

Algunos planteamientos anarquistas anticipan la decepción social y las consecuencias que esto podría acarrear son diversas. Sin embargo, para el anarquismo esto no representa un cambio profundo ya que sus planteamientos, naturalmente al margen del juego político-electoral, no se verán modificados (al menos en la base), y en todo caso, le corresponderá imaginar con un mayor número de disidentes provenientes de la falacia democrática, nuevos escenarios posibles y varias utopías por alcanzar.

La decepción también ha sido anticipada por algunas otras organizaciones sociales como el Congreso Nacional Indígena y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Dicha entidad emitió un comunicado el 5 de julio del 2018, reafirmando la distancia existente con el proceso encabezado por López Obrador (existente desde aproximadamente el año 2012) y usando un par de analogías que pretenden sintetizar su opinión colectiva. En la primera de ellas, México es visualizado como un partido de fútbol en el que la situación social es disputada por dos equipos como un mero espectáculo y agrega que el poder económico es el dueño del balón y nunca pierde, "no importa qué equipo

gane o pierda, el dueño siempre gana". Por otra parte, reiteró su incredulidad en los cambios pretendidos y la poca influencia que tiene en realidad AMLO en la dinámica global neoliberal, imaginando a México como una finca y argumentando que "podrán cambiar el capataz, los mayordomos y caporales, pero el finquero sigue siendo el mismo".

Por último, existen incluso quienes ubican al proyecto de López Obrador como el más capitalista, autoritario y al mismo tiempo sospechosamente ingenuo de los contendientes por la presidencia de México. Quienes defienden esta postura, retoman como evidencia las alianzas políticas con el partido político de ultraderecha, el Partido Encuentro Social (PES) y las diversas incorporaciones de actores políticos provenientes del PRI y del PAN, y que incluso en algunos casos ganaron un puesto político ahora con el auspicio de MORENA. Además, este posicionamiento resalta los proyectos de remarcado carácter económico como el Tren Maya, un proyecto turístico que busca conectar diversos estados del sur del país y que, ante la oposición, AMLO ha argumentado que "aunque no le guste a críticos y a fifís (pijos)" este se hará. A este proyecto se suma el Corredor del Istmo que en términos prácticos será una ruta comercial que funcionará como un canal de Panamá y que pretende ser desarrollado en conjunto con China. Además la construcción de refinerías y la continuidad a la apertura plena de la inversión privada en el sector petrolero perfilan el proyecto neoliberal de Obrador, quien, como se ha mencionado, cuenta con el respaldo absoluto del poder legislativo para que su palabra sea ley.

Como se ha visto, el fenómeno del triunfo presidencial de Andrés Manuel López Obrador, como la realidad política mundial, es compleja y llena de aristas con múltiples posibilidades. Sin duda, México se encuentra ante un momento de alta expectación y, tanto los sectores que apoyan como los que rechazan el proyecto obradorista difícilmente despegarán la vista de la figura presidencial por los próximos seis años. Figura, por cierto, ambivalente, impredecible por momentos y que tiene ante sí la posibilidad de consolidar el sistema político-electoral al que tanta vida le ha dedicado, o de iniciar un colapso del mismo sin precedentes. Ambas posibilidades son igual de factibles y el camino hacia alguna de ellas iniciará una vez que López Obrador tome posesión el 1 de diciembre del 2018 y se convierta oficialmente en el primer presidente de izquierda en la historia de México.